

ASENSIO SÁEZ Y LAS FUENTES DEL MITO EN EL “LIBRO DE LA UNIÓN”

FRANCISCO J. RÓDENAS ROZAS

Archivero y Bibliotecario del Excmo. Ayuntamiento de La Unión
Cronista Oficial de La Unión

I. DE LA MANO DEL ABUELO. LA FUERZA DE LA SANGRE

Cogido de la mano del abuelo que le puso nombre, el niño Asensio enfila la calle Mayor camino del Colegio de Carmelitas (familiarmente, en La Unión, el “Asilo”). Sin prisa, con los ojos abiertos del viajero modelo que disfrutara del trayecto más que de su destino. No quedaba lejos: lo primero, cruzar la calle buscando el sol tibio que bañaba la acera norte de la calle principal.

Luego, frente a la capilla del colegio presidida por la Virgen del Carmen, con olor a jazmines e incienso, el niño Asensio habría de recordar la atenta y tierna *“mirada de la Hermana Felisa, con su inseparable bolsón de anisicos de colores, buscando la ocasión de la dádiva generosa”*.

Pero eso vino después, porque las raíces del niño Asensio entroncan con el trasego primordial de gentes y de sangres que levantaron la ciudad minera.

Sabemos así que los Sáez y los Bueno formaron parte de la corriente migratoria integrada por quienes, desde mediados del siglo XIX, abandonaron el cercano municipio de San Javier (recurrentes apellidos Zapata y Sáez en el censo unionense de 1875), buscando mejores medios de vida, hacia el distrito minero

que La Unión encabezaba. Celebridad del “Tío Lobo”, Miguel Zapata Sáez, pionero javierense, con 33 años de edad, en el Portmán (La Unión) de 1875. Por entonces, con apenas cuatro mil residentes, San Javier afronta un estado crónico de penuria, todavía muy lejos de convertirse en una de las poblaciones más prósperas de la Región.



Alumnos de la Hermana Felisa. Año 1929.

Foto: Avilés, cedida por Asensio Sáez quien aparece en la fila central, tercero por la izquierda.

Viejos papeles amarillos certifican que la familia Bueno Martínez se estableció en la villa minera hacia 1874. Eran todos ellos naturales de San Javier. Conocemos el nombre de la matriarca del grupo, María Martínez Sánchez, no así el nombre completo de su esposo. Sus hijos, Antonio, Fernando, Ángel y Joaquín llegaron a La Unión con edades comprendidas entre los 11 y los 4 años. Integraron la cabeza de puente de una de las primeras oleadas de vecinos javierenses encaminados hacia la Sierra Minera de La Unión, ya por entonces mitificado emporio de riqueza para toda España.

Hacia 1891 se sumaría a este grupo en La Unión la hermana mayor, Josefa Bueno Martínez (n. 1852), casada con Asensio Sáez Zapata, de la misma edad, padres ambos de Miguel (n. 1879), Asensio (1885) y Ángel (1888), todos ellos naturales también de San Javier. Esto quiere decir que los abuelos fundadores Asensio y Josefa ya tenían una edad (unos cuarenta años y tres hijos) cuando resolvieron trasladarse a La Unión y que en su voluntad anidaba el proyecto de refundar la vida para ellos y para los suyos en la tierra de las oportunidades.

En 1894 el clan formado por los Bueno Martínez y por los Sáez Bueno ocupaba viviendas vecinas en el centro de la calle Mayor de La Unión (nº 94 y 92 respectivamente). En la madurez de esta generación, a principios del siglo XX (1910), los Sáez Bueno y los Bueno Martínez seguían habitando céntricas residencias muy próximas entre sí (nº 100 al 112) en el corazón de la calle Mayor de La Unión, vertiente sur.

Siempre en la calle Mayor, constituida desde hace siglo y medio en mirador privilegiado del latido de la ciudad, escenario de su tranvía vital o, en palabras del escritor Pedro García Valdés "*salón donde la gente bailaba un continuo rigodón: unos hacia El Descargador, otros hacia La Esperanza*" [extremos de aquella ruta].

Entre los cabezas de familia, Fernando Bueno Martínez cuenta 45 años, manifiesta ser "industrial", es viudo y padre de cinco hijos con edades comprendidas entre los ocho y los dieciséis años. Algún tiempo después, desde finales de 1913 hasta principios de 1916, fue Alcalde de La Unión. Había contraído segundas nupcias con Milagros Martos Navarro, natural de Fuenteheridos (Huelva). En 1930, su hijo menor, Joaquín Bueno Meca, farmacéutico, casado con Gumersinda Monterroso García (natural de Santiago de Compostela) residía muy cerca del núcleo fundacional en calle Mayor nº 111.

Por su parte, los Sáez Bueno llegados de San Javier, establecidos en la ciudad minera, se abrieron paso en medio de la colmena unionense, primero, en el ramo del comercio. Así, el patriarca Asensio Sáez Zapata manifiesta ejercer como comerciante en los padrones municipales de 1894 y 1910. Sus hijos Miguel (futuro padre del artista), Asensio y Ángel, después de los años de colegio, trabajaron entonces como dependientes en la modesta tienda familiar de la Calle Méndez Núñez. Honestos, trabajadores e instruidos, todos ellos saben leer y escribir (no así el 70 % de los censados en La Unión).

Y el amor en el decisivo cruce de destinos: a las ocho de la mañana del día 31 de Marzo de 1922, contrajeron matrimonio, en la Iglesia del Rosario de La Unión, Miguel Sáez Bueno, de 42 años, natural de San Javier, hijo de Asensio y de Josefa, y María García Arques, de 30 años, natural de de Portmán (La Unión). Sus padres, José García Navarro (comerciante nacido en Fuente Álamo en 1862) y Juana Arques García (del vecino poblado de Alumbres, 1864), ambos difuntos.

El matrimonio estableció su primer hogar en la casa familiar de María, calle Hernán Cortés nº 33, "Casa de Los Claveles" (José Alfonso Pérez Sánchez, 2005) con esquina a calle San Agustín y a espaldas de la calle Andrés Pedreño. Era una residencia

amplia, de 348 metros cuadrados, adquirida por José García Navarro, abuelo materno del artista, en 1901 (¿quizá “casa de vecinos” compartida con otras familias?).

En aquel domicilio, a las nueve de la mañana del día 28 de Febrero de 1923, nació Asensio, primogénito de la familia. Llegaron luego sus hermanas Pepita (1928) y Juana (“Juanela”, 1929).

En el salón-mirador-escenario-escaparate de la calle Mayor de La Unión residirían los Sáez Bueno, los Bueno Martínez y los Sáez García mientras les fue posible, o sea, casi siempre. Tan sólo ausentes de aquélla en el intervalo reseñado, de duración imprecisa, en los años veinte, cuando los Sáez García fundaron hogar en la casa natal del niño Asensio (referida calle Hernán Cortés). Naturalmente, acabaron por regresar con ansia al asombroso camino carretero transformado en bulvar y principal vía de la ciudad minera. Fallecido el abuelo Asensio Sáez Zapata, los Sáez García ya han vuelto en 1930 en la calle Mayor de La Unión (nº 112) con sus hijos Asensio, Pepita y Juanela, junto a la abuela viuda Josefa y a la prima Isabel Huertas Sáez.

II. Y LLEGÓ LA CRISIS. ASENSIO, BOTONES DE “LA MAQUINISTA”

Por lo demás, resulta del todo cierto que el niño Asensio fue concebido, nacido y criado cuando La Unión se desmoronaba irremediabilmente en torno suyo. Así, física y literalmente. El cuadro insufrible de un acabamiento: así se ofrecía al mundo el proceso de derrumbe de la otrora pujante ciudad minera cuando Asensio echaba a andar.

En efecto, la Sierra Minera arrostraba en la década de 1920, a partir de la Primera Guerra Mundial y su circunstancia, la más profunda de sus crisis desde el fin de la dominación romana, quince siglos atrás. La básica minería acusa entonces todos los signos de una precaria estructura productiva asentada sobre frágiles cimientos.

La población se desangraba a partir de los 35.000 habitantes de su cenit hacia 1907. Durante el quinquenio 1920-1924 diez mil vecinos abandonaron el municipio. El incesante goteo consistía en que cada día una o dos familias dejaban La Unión para siempre...

Como consecuencia, las construcciones en la ciudad y en sus montes fueron demolidas con marro y piqueta al mismo compás que la gente huía del hambre con el corazón roto. Finalmente, tan sólo un tercio de los edificios sobrevivirían al abandono de los vecinos emigrados (dos tercios de la población de 1900). Y con ellos, el

mito de La Unión se derrumbaba o, sencillamente, se completaba por fin con un des-
enlace ajustado al fulgurante ascenso, según se mire.

Por entonces, durante los primeros años negros de la crisis que acabaría por
arruinar la Sierra, debieron cambiar las tornas para los Sáez Bueno, quienes desem-
peñaron diversos empleos como trabajadores del Ayuntamiento de La Unión.

Así, entre Julio de 1921 y Marzo de 1924, el abuelo Asensio fue encargado
municipal de la limpieza de calles con jornal diario de 4,75 ptas., sucesor en el
puesto por renuncia de su hijo Ángel. Inmediatamente, cumplidos 71 años, Sáez
Zapata pasó a oficiar como Guarda Mayor del Cementerio con 4,25 ptas. de jor-
nal.

Recorrido a la inversa el de su hijo Ángel Sáez Bueno, primero Conserje del
cementerio entre Agosto de 1917 y Junio de 1918 (1.250 ptas./año), luego encargado
de la limpieza e higiene de calles (4 ptas. diarias) hasta Julio de 1921 relevado por su
padre. Consta, finalmente, que Miguel, primogénito de los Sáez Bueno (padre del
escritor y pintor), formó parte de la plantilla municipal como "Vigilante de 1ª de arbi-
trios" desde 1932 con jornal de 4,75 ptas. Se trata, en fin, de modestos empleos utili-
zados como asidero vital en años críticos.

Llegaron luego las penalidades de los tiem-
pos. Según declaración propia, Miguel Sáez
Bueno desempeñó *"el mismo destino [vigilante
de arbitrios] hasta el mes de Marzo [de 1936] en
que el Ayuntamiento del Frente Popular me ins-
truyó expediente y me dejaron cesante (...). En
22 de Agosto de 1937 tuve necesidad de afiliar-
me a la Sección de Oficios Varios U.G.T. para
poder trabajar. Hasta el mes de Mayo de 1938
me dediqué a mi profesión de Dependiente de
Comercio"*. Pasó seguidamente *"al Arsenal [de
Cartagena] en concepto de Peón..."*. En la
declaración jurada del obligado expediente de
depuración (Mayo 1939), Miguel Sáez citará
como mentores personales y testigos de la veraci-
dad de sus afirmaciones a su primo hermano
Rafael Bueno Fuentes, destacado comerciante, y
al prestigioso médico Enrique Viviente Rael.



Ángel Sáez, tío de Asensio, de pie a la
derecha, jugó como defensa en el
Sporting Club de fútbol de La Unión.
(Foto: Ángel Martínez, h 1910)
(Col. Sánchez Crespo)

Por su parte, el joven Asensio, cumplidos dieciséis años, debió buscar trabajo para apuntalar la economía familiar. Así, apenas concluida la Guerra Civil, ingresó en las oficinas de la prestigiosa “La Maquinista de Levante” integrada en la “Sociedad Minero Metalúrgica Zapata-Portmán, S.A.”, con fecha 25 de Abril de 1939. Su empleo: “Botones. Aprendiz 1er. año”. En “La Maquinista” permaneció Asensio algo más de dieciséis meses, hasta el 1 de Septiembre de 1940. En efecto, en el primer padrón municipal de la posguerra (1940), Asensio figura como “oficinista”: Con un primer sueldo de 30 ptas. mensuales, sucesivos ascensos elevarían su salario por encima de los veinte duros.

Sociedad Minero Metalúrgica Zapata Portmán S.A. PORTIMAN La Maquinista de Levante					
PRIMER APELLIDO	SEGUNDO APELLIDO	NOMBRE PROPIO	NOMBRE PROPIO		
			DEL PADRE	DE LA MADRE	
Sáez	García	Asensio	Miguel	Maria	
NACIMIENTO	LUGAR	De Unión	Fecha	25 Abril 1924	
	PROVINCIA	Lleida	Registro Civil	De Unión	
OFICIO	NÚMERO DE PLACA Y SECCIÓN	ESTADO	Retiro Obrero Obligatorio		
Botones (1er. año)	Oficinas	Soltero	Alta n.º 2823		
DOMICILIO			INGRESOS, ASCENSO, BAJAS ETC.		
MAYOR, 111	FECHA		CONCEPTO	JORNAL	
	Día	Mes		Año	Ptas.
De Unión	25	Abril	1939	30.00	
	1	Sept	1940	30.00	00.00
FAMILIA	15	Sept	1940	30.00	00.00
	1º	Sept		15.00	100.00
1977					
			Fecha el día		
			Comunicada en el boleto n.º		
			mero		

Ficha personal de Asensio Sáez como botones de “La Maquinista de Levante” (1939-1940)
(Archivo Municipal de La Unión).

A lo largo de la posguerra, hasta entrados los años cincuenta, la familia Sáez García conocería nuevo domicilio en su recorrido obsesivo por la arteria principal de la ciudad (nº 111) y fijaría definitivamente su residencia en Calle Mayor (antes nº122, hoy nº110) por adquisición, en 1955, junto a la casa, del futuro emplazamiento de la librería familiar y del “Bar Minero” (por supuesto). Curioso: ocupaban el mismo lugar que el fotógrafo Ángel Martínez (otro mirador excepcional) había escogido como su primer estudio-laboratorio a principios del siglo XX.

[Repuesto como vigilante municipal de arbitrios hasta su jubilación en 1954 (con setenta y cuatro años), Miguel Sáez Bueno falleció en La Unión el día 1 de Mayo de 1964. Su viuda, María García Arques, murió el día de Año Nuevo de 1990].

III. QUE CINCUENTA AÑOS NO SON NADA

Quiso Dios que a Asensio lo enterraran exactamente medio siglo después de publicado su "Libro de La Unión" (Noviembre 1957 – Noviembre 2007), depurada construcción del mito contemporáneo de la "Ciudad alucinante".

Para quien se haya adentrado en primera instancia en la historia y en la cultura unionenses a partir de la obra de nuestro autor le resultará muy difícil (¿imposible?) sustraerse del aliento épico tejido por Asensio en torno a la trama temporal de esta ciudad. Estimo, en efecto, que, en el caso de La Unión, la epopeya idealizadora se ha superpuesto a la dimensión púramente histórica, imponiéndose a la misma, prevaleciendo sobre ella. [*Del mismo modo, la versión mítica del Campeador en el Cantar de Mio Cid ha triunfado sobre la valoración de Rodrigo Díaz de Vivar como "príncipe de Valencia", pongamos por caso*]. Nada que objetar. Tanto la historia como la poesía constituyen legítimas vías de exploración y de conocimiento de la realidad, que es de lo que se trata.

El hecho es que La Unión, en su vicisitud histórica y en la reelaboración de la misma por Asensio, se incardina en el rumbo de las grandes epopeyas. Ocurre así porque, trascendiendo lo estrictamente local, nuestra historia se identifica atinadamente con vivencias, a la vez, íntimas y universales: el auge y la crisis, la esperanza de la tierra de promisión, el quiero y no puedo de las aspiraciones frustradas, el esfuerzo premiado y la sabiduría, la vanidad de la pompa, la vida y la muerte de la mano, como es, como debe ser. Y, entre tanto, la máxima tensión vital que admite que todos los excesos resulten posibles. De modo que la dimensión del sueño que La Unión encarnó se puede enmarcar en los fabulosos relatos clásicos de Ícaro, Sísifo o Prometeo.

Lo cierto es que Asensio funda la "ciudad alucinante" a partir de los escombros de la que fuera rutilante villa minera. Los censos locales de población de 1940 y 1950, con apenas diez mil habitantes (abrazando la juventud del escritor), son los más escuálidos en la historia de la ciudad. Revisa el autor un ciclo vital completo como si de una biografía personal se tratara (de ahí el subtítulo, "biografía de una ciudad...", considerada como entidad individual), mito de raíz doméstica universalizado por sublimación de lo cotidiano.

El retrato asensiano de La Unión no constituye tan sólo la foto fija de los añejos tiempos de relumbrón incomparable, sino que alcanza también al desmoronamiento de aquella misma realidad encumbrada (“La Unión, ciudad fantasma”). Recorrido de ida y vuelta del autor, de las resonancias del auge (que sólo pudo conocer de oídas y leídas) y de la ruina abismal que bien pudo constatar en sus primeras vivencias. El sugestivo mito debe ser esclarecido: se trata, en efecto, de la construcción literaria de la villa opulenta en la que toda desmesura resulta posible; es decir, también los excesos del declive hasta el sinsentido de la desesperanza y de la desgarradora nostalgia por lo irrecuperable.



Calle Mayor de La Unión (h 1915) en el sector donde residiría la Familia Sáez

IV. HACIA LA CRISTALIZACIÓN DEL MITO

IV.1. Antecedentes

Bien es verdad que el llamado “mito de La Unión”, sus grandezas, sus miserias, venía siendo incubado desde el mismo momento (mediado el siglo XIX) en que un puñado de mineros almerienses, agotados sus filones, inundados sus pozos, con el hambre en los talones, decidiera probar fortuna unas cuantas leguas hacia el Este, en la Sierra de Cartagena, para fundar, con los años, una villa nueva al pie del monte.

La primera sacudida mental para los coetáneos del proceso toma origen en la transformación asombrosa del paisaje en cuyo entorno crece el poblado. En 1853, el ingeniero de minas Monasterio testimonia sobre la mutación sorprendente: *"debido todo al movimiento que imprimen las ruedas de esa gran máquina que agitada de continuo por su poderoso resorte transforma, como por ensalmo, el aspecto de un país, haciendo de un erial una aldea, de una aldea un pueblo, de un pueblo, una populosa ciudad"*.

De igual modo, la Junta de Comercio de Cartagena (1858) atestiguaba sobre el cambio milagroso: *"El punto designado con el nombre de Las Herrerías (...), de un desierto árido y espantoso, ha venido a convertirse (...) en centro de la industria minera del país"*.

Algunos lustros más tarde, aquella realidad emergente ha cuajado como pujante villa en alza: *"La Villa de La Unión adquiere cada momento más importancia, no sólo por lo rico de su suelo, sino por el patriotismo de todos sus habitantes y los deseos que todos tienen de que aquella agrupación de casas que hace muy pocos años carecía hasta de nombre, sea hoy una verdadera población con todas las condiciones necesarias para la mayor comodidad y distracción de sus habitantes"* (Diario "El Eco de Cartagena", 4-4-1874).

Amador de los Ríos acabaría por certificar la consolidación del auge anunciándolo a la España culta como símbolo y representación de las edades y de los progresos modernos, con un augurio irrealizado pero que bien puede orientar sobre la firmeza de aquel empuje: *"Tal es La Unión, puebla minera que, como Linares en la provincia de Jaén, promete con efecto oscurecer a Cartagena en breve, convirtiéndose para ella en corazón y centro de su existencia, con menosprecio de las restantes fuentes de riqueza en aquella zona murciana, para arrebatarse por último a la ciudad de Teucro el cetro de la capitalidad, por ella tan apetecido como disputado..."* ("Murcia y Albacete". Madrid, 1888).

Luego, en los años de apogeo, tiempos de culto al Progreso, desde el mismo ojo del huracán en el interior del mito, se elevarán voces pletóricas que, con ampuloso estilo, dibujarán la situación. Espigamos algunos ejemplos: *"La Unión ha sido hasta hace poco un pueblo ambulatorio, nómada, aventurero, legión de conquistadores venidos de los cuatro puntos cardinales (...). Pero, casi desde ayer mismo, la población de la Villa tiende a compenetrarse, echa raíces en el suelo, la industria sujeta la masa obrera a la tierra con garfios de acero y al antiguo dominio de la fuerza bruta*

y del pillaje sucede el augusto imperio de la Libertad y de la Ley...” (Tomás Maestre Pérez, 1901).

“La Unión puede estar orgullosa de cerrar tan brillantemente su libro de deberes. A la tierra árida y seca le abrió las entrañas y, tras una gestación de sudor y sangre, le hizo alumbrar un tesoro: de ella ha sacado el hierro de la vida y la plata de la hermosura y de la opulencia: de un puñado de hombres toscos y rudos ha hecho una sociedad trabajadora, buena y humanitaria...” (Ponciano Maestre Pérez, 1901).

“Iglesia, Hospital, Liceo, Asilo, Cocina [económica], Escuelas. La Plaza de Toros no pasa de los cimientos. ¡Y aún habrá quien nos tenga por incultos...! (A.M. Comellas, 1904).

IV.2. El talento frente al mito. El sello de algunos proyectos (siglos XIX-XX)

Antes de que Asensio cuajara su “Libro” por antonomasia, no faltaron los proyectos de diverso cuño y aliento que buscaron abrazar el milagro arrebatador y misterioso de la ciudad minera y de su tiempo. Se trata de escritores de oficio y talento dispares, deslumbrados todos ellos por la singularidad maravillosa y tumbativa de la tierra que les vio nacer.

En efecto, los años bisagra que engranan los siglos XIX y XX alumbraron en La Unión una nutrida nómina de autores a quienes, finalmente, sorprendió y dispersó la abismal ruina de la Sierra. Descartamos de esa lista a uno de los nombres más brillantes de su generación, el periodista y novelista Juan Pujol Martínez (La Unión, 1883 – Madrid, 1967), muy pronto alejado de La Unión y que no atendió a su tierra natal como objeto literario.

La primera aproximación a la historia de La Unión como crónica personal corresponde a José Hernández Ardieta (1838-1912) en sus “Conflictos entre la Razón y el Dogma. Memorias íntimas de un librepensador” (Barcelona, 1894). Dedicó el autor al relato unionense los seis primeros capítulos de sus memorias, correspondientes a los años de su intensa estancia en la Villa (h 1869-1871). Discurso preciso, periodístico por momentos, pleno de viveza, esmaltado por vivencias personales, comprometido con la vida local: la mina y la Villa, sus amistades y amores, sus proyectos educativos en favor del pueblo, su anecdótica visita a la Corte. Se trata de La Unión o el hervidero, delicioso retrato de los años de formación de la futura ciudad prominente. Certero análisis: “La Unión era un pueblo naciente, dotado de todas las energías pero con todos los defectos de los organismos jóvenes...”.

Federico Albaladejo Bravo, dandy líder obrero de principios del siglo XX, denunció los excesos del caciquismo en la Sierra en su "Poncius Imperator (Su vida y sus crímenes)" (1910), relato tremendista con base histórica, a modo de novela negra urdida bajo la bandera de un modernismo sólo épico por su ampulosidad, anti-mito o contra-mito, construcción desmitificadora, por su dibujo de las cloacas del sistema político frente al falso simplismo de la pujanza aparente y frívola del tópico esplendor triunfante.

Desde la ciudad minera voló muy joven Ramón Perelló Ródenas (1903-1978), urgido por las ansias de comerse la vida por los pies, poeta rojo, coplero y cantablista quien, a lomos de su jaca y con la velocidad de la radio, llevó la canción española a todos los rincones del mundo. No descuidó Ramón, sin embargo, la querencia por la tierra madre, inspiradora de la ilusión de su vida: *"Pido a Dios que no me permita morir sin antes haber rodado una película que se llamará "Taranta"*. Perelló aseguraba entonces (1965) tener proyectada la cinta en todos sus detalles: *"Situaré la acción a principios de siglo, cuando mi pueblo era Eldorado de España, por donde pasaban las mejores atracciones del momento y el dinero corría a raudales. En cuanto a canciones recogeré en ella todo el cante de la Región: tarantas, cartageneras, nuestra música popular..."*.

El proyecto no fue culminado, pero los tópicos recurrentes, los de el Eldorado y el esplendor perdido, amasados con el folclore de la tierra en una visión personal y apasionada, informan de nuevo la recreación del pasado unionense transfigurado en epopeya colectiva: el mito de la ciudad alucinante ahora reinterpretado por la imagen cinematográfica y la copla.

La generación encabezada por Andrés Cegarra Salcedo (1894-1928) en torno a la "Editorial Levante" fue tan pródiga en publicaciones como en ilusiones frustradas. Con veinticinco años, Andrés pudo haber levantado el vuelo hacia la épica a partir de su desgarradora apología economicista de la Sierra arruinada en "La Unión, ciudad minera" (1920). En ella, Andrés Cegarra *"antes de morir tuvo un ímpetu alucinado de lo que La Unión pudo ser"* (G. Caballero, 1935). Pero la vida se le fue pronto y, en el entreacto, se refugió en un lirismo intimista o nada proclive a la idealización de lo colectivo.

Su más estrecho colaborador, "Hércules" de la Editorial como cofundador y director de la misma, fue el maestro, abogado, poeta y novelista Pedro García Valdés (1895-1992). A él corresponde un esfuerzo singular: *"Sobre mis pasos. Recuerdo íntimo de La Unión"* (1966). Libro inédito y modesto, *"sin deliberado propósito de ver-*

los [estos recuerdos] algún día en páginas impresos, más bien como un desahogo sentimental...”, concebido con la pura voluntad testimonial de un memorialista, autobiografía que es también reflejo del acontecer de la ciudad minera, con los tópicos inevitables en los que coinciden todos los pretendientes de la literaturización de La Unión y de su historia: “*Su ascensión fulminante, su cenit esplendoroso, su patético declive...*”.

La obra de García Valdés, encantadora por su lirismo y por la ternura redentora con que dibuja personajes y circunstancias, es una completísima crónica impresionista de la ciudad (de la que el autor se empapó en las dos primeras décadas del siglo XX) con sus múltiples avatares (de la vida política a la literaria y al mundo del espectáculo) dulcificados por la melancolía irremediable de lo desaparecido. Falto de ambición a pesar de su maestría, García Valdés navega por las aguas de cabotaje de lo cotidiano sin explorar las posibilidades de “relato heroico” que el discurso de La Unión le ofrecía, asumiendo sin ambages la superioridad del proyecto asensiano publicado algunos años atrás: “*ciudad alucinante, como certeramente la llamó un excelente escritor y paisano, Asensio Sáez, al trazar su insuperable biografía...*”.



Cubierta de la quinta edición del “Libro de La Unión” (2004) obra del artista Paco Conesa

A la misma generación de Andrés Cegarra y García Valdés pertenecieron otros autores como Joaquín Martínez Murcia, Ángel Vergel, Antonio Martínez Tomás y Antonio Ros Sáez que apenas bucearon en las fuentes de la historia local. Allí estaba también, por supuesto, recluida en su silencio ardiente, María Cegarra Salcedo, hermana de Andrés, como agazapada, “*concentrada, rica vida interior. Nadie podía sospechar entonces que, andando el tiempo, en la soledad de su laboratorio, entre retortas y alambiques, lograría sorprender un hálito inefable, algo que hubiera encantado a un Jorge Guillén, a un Paul Valéry: la esencia misma, la pura poesía de los cristales...*” (PGV, 1966).

Con María, precisamente con María, se cierra el círculo de la epopeya

pretendida y conquistada por Asensio. Porque en entrevista con Santiago Delgado revelaba la poetisa: “*Asensio Sáez venía por aquí, yo le enseñaba a Miró*”. El propio Asensio confesaría su amanecer a la vida luminosa de las artes y las letras en el despacho de María: “*De todos los recuerdos correspondientes a su infancia (...), al niño Asensio le van a sobrenadar, con los años, esta pintoresca remembranza del despacho de María, tantas veces confundido con la gruta de Aladino, así de atractivos venían a salir su tirón fascinante, sus magias y sus poderes...*”.

Carmen Conde, escritora cartagenera vinculada a la ciudad minera por estrechos lazos, fue autora de “La rambla”. Publicada en 1977 pero escrita con anterioridad, “La rambla” está dedicada “*A La Unión, tierra de mi tan querida tierra*” y conformada por cuatro historias distintas apoyadas sobre la trama del espacio y del tiempo reales. No ceñida estrictamente su geografía al territorio unionense, sí es éste su ámbito principal, “*en donde saca a colación el duro trabajo de los mineros, la crisis laboral, la afición al cante flamenco (...), sabor viejo en esta obrita sencilla, fácil... elementalidad y esquematismo de los personajes (...) simplicidad de las situaciones*” (Ramón Jiménez Madrid, 2006).

V. ASENSIO SÁEZ Y LA CONSTRUCCIÓN ÉPICA DE LA UNIÓN. LAS FUENTES

Asensio Sáez, maestro de treinta y pocos años, escritor y pintor, literaturizó La Unión, integrada, desde su creación fundamental, en el escogido censo de ciudades míticas. Y lo hizo a partir de fuentes de información perfectamente identificadas, materiales primarios que ennoblecó literariamente con virtuosismo en su “Libro de La Unión. Biografía de una ciudad alucinante” [G. Caballero (1935) descubrió “*un ímpetu alucinado de lo que La Unión podría ser*” en la obra de Andrés Cegarra]. Y este impulso pudo actuar como leitmotiv del discurso Asensiano.

Precedente del “Libro de La Unión” fue su obra “La Unión, ciudad del Sureste” (1955), publicación de la conferencia pronunciada el año anterior en la Universidad de Murcia (José Alfonso Pérez Sánchez, 2005). Antes, artículos, cuentos y un poemario, “Cuatro esquinas”. Merecedor del Premio de Literatura “Diego Rodríguez de Almela” de la Diputación de Murcia, cinco ediciones se han publicado del “Libro” hasta la fecha. Corresponden a los años 1957, 1965, 1977, 1998 y 2004. Salvo adiciones puntuales, apenas ofrecen variaciones respecto de la versión inicial.

A partir de la esclarecedora “Razón”, abierta declaración de los principios que informan el conjunto de la obra, la singular visión comprendía inicialmente dieciséis capítulos no numerados que abarcan el devenir de la ciudad desde la Antigüedad hasta finales del siglo XX en su quinta edición, summa literaria de los períodos, hitos y asuntos diversos del pasado unionense que mejor supo documentar el autor, siempre omnisciente y controlador de un discurso que se justifica permanentemente por sí mismo.

En la segunda edición del “Libro de La Unión” (1965), el autor adjunta una relación bibliográfica ordenada cronológicamente:

“Murcia y Albacete”. Rodrigo Amador de los Ríos. Barcelona, 1889.

“La Unión, ciudad minera”. Andrés Cegarra Salcedo. La Unión, 1920.

“Algo de mi vida”. José Castillo Rodríguez. Murcia, 1923.

“El poblado minero iberorromano del Cabezo Agudo en La Unión”.

A. Fernández de Avilés. Madrid, 1942.

“Cancionero popular de Cartagena”. Antonio Puig Campillo, 1953.

“Sucinta historia de la minería cartagenera”. B. Rolandi. Madrid, 1954.

“Historia de Cartagena desde su fundación a la Monarquía de Alfonso XIII”.

Eduardo Cañabate Navarro. Cartagena, 1955.

“Libros y folletos de trovos”. Ángel Roca Cartagena.

“La Unión, ciudad del sureste”. Asensio Sáez García. La Unión, 1955.

“Costa Blanca y Costa de la Luz”. J.L. Castillo-Puche, 1964.

Naturalmente, se trata de una relación esencial, esquemática, de las fuentes realmente utilizadas, lista ampliada con nuevos títulos en la tercera edición como sugerencia para el lector (no utilizados por el autor). Llegados a la década de 1950, cuando Asensio compone su obra, La Unión y su múltiple circunstancia apenas cuentan con tradición historiográfica. Tan sólo algunos tópicos, el esplendor de la minería en la Antigüedad, la fascinación por el auge y la caída, y, finalmente, el mito larvado desde hacía un siglo eclosionó prendido y sublimado por nuestro autor.

Asensio utilizó los materiales ya elaborados que conocía (entre ellos, la básica bibliografía descrita), pero también recurrió a otras fuentes impresas e inéditas para apuntalar su edificio literario. Examinando los contenidos de su “Libro” comprobamos que también se sirvió de “Una excursión minero-metalúrgica a Levante”, de Luis Ruy Wamba (1900); “Geografía del cante jondo”, de Manfredi Cano; “Historia de la Ciudad de Cartagena reinando Felipe III”, de Federico Casal, entre otros. También hizo uso de la prensa local unionense y de diversas publicaciones conmemorativas de

finales del siglo XIX y principios del XX: periódicos "El Palenque", "El Pueblo", "El Renacimiento", "El Eco de Cartagena", "Almanaque de la Editorial Levante", "La Unión en el siglo XX", "Programa de Semana Santa" (Ed. Levante)...

Fueron contadísimas las ocasiones en que Asensio acudió a fuentes primarias con la consulta de documentación histórica original no impresa custodiada en el Archivo Municipal de La Unión. Se trata, en todos los casos, de las actas capitulares del Ayuntamiento. Y lo hace para dibujar momentos estelares. Así, en la constitución del Ayuntamiento de la Villa de El Garbanzal (1-1-1860), con ocasión de la visita de la Reina Isabel II a la Sierra (Octubre 1862) y a propósito de la revuelta obrera de Mayo de 1898.

Junto a las fuentes impresas y a los documentos originales, Asensio Sáez (A.S.) se serviría de otras informaciones facilitadas por diversos testimonios personales conocidos por transmisión oral y a partir de vivencias propias. Así en la revelación de los promotores de las "Procesiones de Semana Santa" (asunto predilecto para el autor): José Mellado, "Los Garbilladores", "Tío Serrano", "Los Gutiérrez". Y en las alusiones costumbristas relativas a personajes de dimensión estrictamente local como "La Roja" (tendera de la calle del Ángel), "Guerrero" (promotor de un café en la "Casa del Piñón"), "Cagarrachico" y "Catapuros", la referencia a la puntual visita de Emilia Benito cada 1º de Noviembre a la tumba de su padre...

Entre oídas y vividas: la inundación de San Miguel de 1919, las menciones al cultivo de las chumberas en las "Cuevas de Roma", el título de La Unión como mayor consumidora de coñac por habitante, o la del "pantano de los suicidas" camino del manantial de "El Chorrillo". Luego, la intervención de Juanito Valderrama (chispa detonante para la creación del Festival Minero) y el terrible suceso de la señorita abra-sada con ocasión del murciano "Entierro de la Sardina". Antes, las más cercanas, probablemente transmitidas a partir de vivencias familiares durante los interminables años de ruina de la minería: el menú de plato de guiso y naranja que ofrecía la "Cocina Económica", la miseria física de la pobreza habitada por piojos y tracoma, y la machacona industria-negocio de los derribos, secuela de la sangrante emigración que, después de treinta y tantos años acabaría desmantelando la ciudad, otrora traza-da por apretados edificios, luego definida como erial de solares.

Finalmente, material de primera mano para dibujar con precisión el paso del tiempo, el repertorio gráfico (folletos, fotografías), colección del autor, en el que se recrearía, por ejemplo, para retratar con total viveza uno de sus tópicos favoritos: los desfiles pasionarios.

¿Parquedad de base documental de Asensio en su “Libro de La Unión”? En modo alguno. Sencillamente, el autor dosifica con sabiduría las informaciones de que dispone. Su “Libro” no es un manual de historia. Para el Asensio escritor (creador libre), el estricto relato histórico es un corsé incómodo. El escritor de ambición y de talento (Asensio lo es) pretende, por encima de todo, hacer literatura. Así, en el esclarecedor prólogo anónimo “Noticia sobre Asensio Sáez”, se nos advierte con toda propiedad de que *“Asensio Sáez ha sabido meter a La Unión en la literatura”* y que *“Asensio Sáez es, ante todo, escritor (...) Su poesía continúa circulando bajo la piel de una prosa centelleante, sobrecogida de lirismo”*. Para concluir, en opinión de Felipe Sassone, que *“no se sirve de lo prosaico, sino que lo sirve al ascenderlo a categoría poética”*. Tal es el asunto, ojo con el trabalenguas: A.S. eleva el relato histórico a la categoría de lo poético construyendo un discurso épico, el mito de la ciudad alucinante.

En palabras del autor: *“no he de rechazar en modo alguno la cifra y la fecha, antes bien intentaré acudir a su convocatoria para domeñarla y vencerla, poéticamente, eso sí; porque entiendo que escribir una biografía de La Unión ceñida sólo al dato erudito, a la justa medida botánica o étnica, es aspirar al más definitivo fracaso”*. Definitivamente, A.S. no es “rata de archivo”, escrutador meticoloso y paciente en busca del dato preciso. Ni falta que le hace.

Así es: *“¿para qué investigar cuando puedo inventar?, ¿para qué certificar si llovía o no si puedo imaginar libremente lo que pudo haber ocurrido?”* manifestó A.S. a quien esto escribe estableciendo su definitiva predilección por la literatura de ficción frente a la investigación histórica. Pero, atención, entre los vericuetos del pasado, A.S. sólo recurrirá a la imaginación cuando la historia le ofrezca la carta blanca de lo no documentado admitiendo la entrada de la creatividad, nunca en colisión con la realidad fehaciente. A este respecto, José Alfonso Pérez Sánchez (*“Asensio Sáez: Paisaje mítico y místico de La Unión”*, 2005) ha demostrado la básica historicidad (ajuste a la realidad histórica) de los artículos publicados por el autor, cualidad extensiva, a mi entender, a su “Libro de La Unión”. Concluimos que, para componerlo, A.S. ha utilizado los mimbres históricos disponibles (básicos), los que tenía más a mano, sin profundizar más allá de lo justo en investigaciones puntuales. No ahondó más porque no quiso más y porque tampoco lo necesitaba. Su ambición era, sobre todo, literaria. La literatura como artístico estuche envolvente del tiempo y como excipiente del tiempo mismo. De hecho, la sucesión, que se pretende cronológica, de los capítulos del “Libro de La Unión” se desbarata pronto en excursos que abarcan asuntos genéricos (“Ciudad minera”), otros menores abordados con detalle (“La ermita vieja”),

episódicos ("Isabel II en la Sierra Minera") o trascendentales ("La muerte, nuestra amiga"), temario desigual acomodado a las posibilidades literarias del asunto tratado o a la información disponible en cada caso del que apuraba todo su potencial de pintoresquismo.

Probablemente, de haber conocido inicialmente otros sabrosos intrínquilis del pasado local, su obra hubiera resultado distinta. A pesar de las sucesivas ediciones, el autor apenas introdujo novedades y prefirió fijar el texto a la manera de un monumento clásico. De hecho, en el "Libro de La Unión", A.S. traza un discurso literario completo, cerrado en sí mismo, épico retrato de la ciudad minera, visión distanciada de realidad contemplada a través de los cristales.

Y en el origen, ¿hubo un detonante singular que prendiese en el imaginario de Asensio para fundar su "Libro"?: junto al ímpetu alucinado que Giménez Caballero halló en el relato de Andrés Cegarra, quizá el leitmotiv de la "Nueva California-El Dorado" concretado en la fabulosa concomitancia establecida como "tierras de conquista" entre el Nuevo Mundo y La Unión, y expresado en un juego de palabras["Ciudad del Sureste" (título de la obra antecedente del "Libro") por contraposición y analogía con las ciudades emergentes del Oeste Americano].

El claro paralelismo entre aquellos procesos [el descubrimiento de grandes depósitos de carbonato de plomo en la Sierra de Cartagena coincide, además, con el año 1848 del oro californiano], con la expresa mención del apelativo "Nueva California" referido a La Unión, ya había sido publicado por Andrés Cegarra Salcedo en 1920. (Antes, en un discurso de 1906, el alcalde jacinto Conesa identifica La Unión como antigua "colonia californiana"). Luego fue retomado por Ernesto Giménez Caballero (1935) y por José María Pemán, y empleado por Asensio, ¿quizá como reactivo desencadenante del marco general para la elaboración del mito?. A mi entender el vibrante prólogo de Giménez Caballero al primer poemario de María Cegarra ("Cristales míos") contiene el argumento esencializado que pudo haber activado el proyecto de Asensio para su "libro".

VI. FINAL. A MODO DE CONCLUSIONES

No puede haber mito si éste no resulta aceptado y asumido (interiorizado) por el pueblo, integrado en el inconsciente colectivo y adoptado como seña propia en la memoria personal. Asensio Sáez cuajó literariamente este concepto en su "Libro de La Unión". En efecto, el autor apenas aporta información inédita pero sí retoma mate-

riales dispersos haciéndolos cristalizar, animados por vibrante aliento poético, en una creación original.

Parece claro que en el proyecto de Asensio anidaba el propósito metaliterario que consistía en la construcción de un territorio mágico y perdurable, legado universal para la memoria de los hombres. Así parece anunciarlo el autor desde sus inicios, con trazo hiperbólico y adjetivo de alto vuelo: *“De La Unión se puede decir todo lo indecible (...). Su historia es densa, poética, alucinante; sus personajes, fabulosos. Inmigración del XIX, como quien llega a una áurea California. Paisaje desolador de la Sierra (...). Otro día se levantan cien cafés cantantes (...). Ésta es La Unión, con su inmensa alegría y su tremenda angustia (...). Tan complicada La Unión que de un solo golpe no se comprende...”*.

O apuntalando su hipótesis con la apreciación de Giménez Caballero: *“Pueblo extraordinario fuera del orden general de los pueblos españoles”* o de José María Pemán: *“Esto es la tierra del Oeste...”*.

“Y hay muerte, mucha muerte y vida, mucha vida. Y alegría, mucha alegría, y pena, mucha pena (...). La Unión, pueblo romántico y fabuloso, Eldorado murciano con temperatura española de sueño y aventura...”.

Prosa poética, sí, pero también tono épico en el “Libro” ajustado a un espacio en permanente proceso de fundación y crisis, con la metáfora aguardando a cada paso y con la envoltura de la música y de la medida. Esta mixtura de la poetización de la historia no ha sido comprendida por quienes reprochan, no tanto la relativa penuria informativa de la obra cuanto la simplificación, falta de hondura en los hechos que se ponen de manifiesto.

Sin embargo, desde hace más de medio siglo, para los lectores de varias generaciones, el “Libro” (y van cinco ediciones) ha sido requerido como oficioso “Manual de Historia de La Unión”, relato al fin, enaltecido por la aproximación poética (que no deja de ser sino un instrumento añadido de exploración y de conocimiento).

El autor razonará que *“No voy a caer en la pedantería (...) de asegurar que con mi “Libro de La Unión” salvo su historia, pero sí que salvo muchas cosas de La Unión que estaban a punto de perecer y que ahora van a quedarse para siempre atadas aquí”*. Dicho queda.